

En el hoyo de las agujas

José Luis Miranda

(Suenan la *Danza del Fuego* de *El amor Brujo*, de Manuel de Falla. Junto al lateral izquierdo, luces de lamparillas encendidas. Resto de escenario, a oscuras.

Cuando la iluminación aumenta gradualmente se va comprobando que el decorado muestra la habitación de un hotel: a la derecha, puerta de entrada; a la izquierda, ventanal con cortinas; una cama con las sábanas revueltas, un espejo, una mesilla de noche con reloj y teléfono. Como elementos inusuales en una habitación de hotel destacan los siguientes: una mesa con fotografías de imágenes religiosas alumbradas por lamparillas encendidas, un sportón de matador de toros con capotes doblados y juego de estoques.

Un traje de luces, blanco y oro, cuelga de una percha como un maniquí, como un estandarte, como un pelele de oro.

MARÍA DE UTRERA, de pie en el centro del escenario, envuelta en una larga bata de seda color crema, elegante, descalza, se ahueca con las manos una discreta melena y luego se dirige hacia la mesa en donde lucen las lamparillas):

Me gusta encender luces.

No sé si creo, pero me gusta encender velas.

Me gusta rezar, no sé si creo.

Desde pequeña tengo taras.

(Se coloca frente al espejo y se desafía.)

Tú y tus taras. Tú y tu melenita corta.

Tú y tú, tú sola; tú y tu espejo; tú y tus ansias. Tú, sola. Tú, figura del toreo; tú, la hija de Juana Ramos y el limpiabotas; tú, por fin, figura del toreo; tú, tú sola; tú, anunciada para matar seis toros en Madrid, para matar la corrida de la Beneficencia entera, tú sola; tú insaciable.

(Suena el teléfono. Lo coge.)

¿Sí? Dime.

Sí, sí, y a sé la hora que es. Faltan dos horas para salir a la Plaza.

Aunque haya atasco, no vamos a salir antes de dos horas.

No te he llamado porque hoy no quiero que subas.

No, Paco, no quiero que subas. Ni Rosario tampoco. No quiero que subáis ninguno de los dos. Hoy me voy a vestir sola.

Porque sí, porque lo prefiero.

Si te necesitara te llamaría.

No, nada más. Bueno, sí: ¿Cómo está José?

No desvíes la conversación.

Me has oído perfectamente.

Parece que no me conoces. Sabes muy bien que me digas lo que me digas, en ese sentido, va a ser lo mismo. Además sabes que puedo pedir los periódicos y empapelar con el parte médico la habitación.

¿Sí? Pues yo soy capaz de ir hoy a la Plaza aunque acabara de parir un entierro. Así que no me entretengas más y dime cómo está José.

¿Tan mal?

Pero hay esperanzas... ¿no?

Que no me pasen ninguna llamada. ¿Lo has oído bien? Ninguna.

(Cuelga.)

Esperanzas siempre hay.

(Frente a las imágenes religiosas.)

Me gustaría gritar y no grito. No lo haré. Me gustaría pensar pero no puedo. Tengo niebla dentro de la cabeza. Me gustaría rezar y se me olvidan las oraciones. No sé cómo he podido llegar hasta aquí. No sé cómo he tenido fuerzas. Tampoco sé muy bien qué es lo que he hecho, ni lo que estoy haciendo. Creo que he ido convirtiendo, poco a poco, los deseos en un odio frío.

Al principio no sabía que los triunfadores eran tan débiles como yo, tan débiles como todos los que no se atreven. Al principio no sabía que hay una locura que si no se para ante ninguna puerta es el poder.

Nunca he podido estarme quieta, ni con el cuerpo ni con la cabeza. Nunca he pensado mucho lo que hacía, ha sido como dejarme llevar por un impulso... ¿Un impulso...? ¿Qué impulso?

Me gustaría parar, pero sé que no podré hacerlo. No podré hacerlo yo sola. No se puede parar la vida. No se puede pedir *tiempo muerto*. Tampoco se pueden parar los sueños. ¿Quién ha podido pararlos? Desde hace varias noches tengo el mismo sueño. Exactamente el mismo, todas las noches el mismo.

Voy a la Plaza y voy andando, voy descalza, pisando guijarros, voy desnuda. Cuando llego a la Plaza, la Plaza ha desaparecido. Sólo queda el ruedo. El ruedo es enorme, no tiene barreras, no tiene límites, sólo tiene arena. Es el desierto. Y cuando alguien me pregunta *qué quieres*, sólo puedo contestar: *Sé que he perdido algo aquí, en el desierto, en la arena. No sé que es, pero José lo sabe.*

(Se aparta de las velas. Parece buscar algo. No sabe lo que busca.)

José del Puerto... un niño... el niño de la Encarna... el torero... el niño de Encarna, la frutera. José, José del Puerto... la figura del toreo... la otra figura del toreo... mi único rival... mi referencia... No querías, José, tú no querías torear esta corrida de hoy, no querías medirme así conmigo, con una mujer, mano a mano. Porque es absurdo, decías. Las mujeres toreras son otra cosa; no pueden ser lo mismo que un hombre. Y te reías para disimular el desconcierto, para ganar tiempo, para olvidar que este año las ferias se han hecho a mi medida, a mi antojo, que este año los carteles los ha hecho María de Utrera, los he hecho yo.

Los empresarios te lo han dicho: tú eres muy buen torero, eso ya se sabe, pero ella como es mujer, tiene lo del morbo, y eso para la gente cuenta. Tienes que comprender que el morbo es bueno para el público. En la corrida de hoy íbamos a cobrar lo mismo, pero en la feria del Corpus de Granada he ido con más dinero que tú, he ido cobrando yo más y encima te han dado una cornada, José; una cornada mala. Dijiste que nunca ibas a torear ganado menos que yo; ¡estúpido! ¡Tenías que haberlo cumplido! ¡No tenías que haber toreado esa corrida! ¡No tenías que haberte dejado coger nunca! ¡Nunca! El toro era imposible, te lo dijimos todos. Pero, no, claro, tú no te podías ir de vacío, tú tenías que cortar una orejita, ¿cómo no ibas tú a cortar una orejita si la había cortado María de Utrera? ¿Cómo ibas tú a ser menos? El toro te había avisado ya dos veces, pero tú querías la orejita. Y a la tercera vez, te empitonó, te campaneó y, cuando ya estabas en el suelo, el toro seguía tirándote cornadas. ¡José del Puerto! Allí en la arena, roto, perdiendo sangre como si fuera un desagüe y, luego, en la enfermería con los ojos nublados, mirándome sin odio, con ternura, explicándome las desgracias, diciéndome: *No te preocupes, vete, vete a Madrid. Esa corrida es tuya. Ya no vamos mano a mano, pero te voy a dar suerte. No te preocupes.* Y se te hundieron los ojos. Y allí sigues, queriendo despertar. *Teniendo* que despertar.

Si se muere José nada tiene sentido. Nada.

(Furiosa.)

No debiste ir a torear cobrando menos dinero menos que yo. Eso no lo debiste hacer nunca. Eso te debilitó, José, porque ésa es una de las cosas, de las muchas cosas, que tú no has aprendido todavía. No sabes lo que hay que hacer cuando te rebajan sin motivo, cuando te ofenden con una sonrisa, cuando te ponen un precio y te enseñan que ésa es la medida. No sabes lo que hay que hacer. No sabes que *NO* hay que hacer nada, nada, aparte de escupir en la arena y sembrar odio frío. *Te voy a dar suerte, te voy a dar suerte*, me decías mirándome perdido entre las grietas del hospital, mirándome turbio desde el fondo de un lago. No quiero suerte. Te quiero a ti, aquí a mi lado, vivo, desafiándome. Aquí.

(Marca con las manos una verónica.)

Mira, María, mira: éste es el arte, éste es el misterio de las verdades.

(Finge un diálogo con JOSÉ.)

-¿Sí?

-Sí. Y tú nunca harás esto. No sabes, no puedes hacerlo.

-¿Qué no? ¿Tú estás seguro?

-Completamente seguro.

-¿Por qué estás tan seguro?

-Porque tú ya eres ese misterio en ti misma. Y, por lo tanto, no puedes soñar, tienes que conformarte con serlo.

(Marca una revolvera.)

-¿Lo ves?

¡Presumido! ¡Estúpido!

(Acaricia el traje de luces.)

Si se muere José, nada tiene sentido.

(Frente al espejo.)

Estás sola, pero no quieres saberlo; necesitas decirlo, decirlo

pero necesitas no saberlo.

Estás sola, sola.

María de Utrera estás sola;

mírate bien y olvídale todo.

Eres el centro del mundo,

olvídale todo y vívelo todo: una vez más, todo.

(Se sienta y empieza a peinarse. Lo hace lentamente, ceremoniosamente, ajustándose el pelo con brillantina y dejándose suelta una coleta con la que forma una trenza.)

Todo, una vez más todo. Olvídale todo,

vívelo todo: eres el centro del mundo, de un sueño grande, el centro de ti misma.

Decirlo, necesitas decirlo,
necesitas oírlo, oír
que ya no tienes miedo,
que ya no eres la niña de los bolsillos raídos,
que no tienes ningún miedo
porque nadie se va a burlar de ti,
porque ahora es distinto,

ahora no te levantan las faldas ni tienes trece años ni tienes un cubo de basura en cada mano ni eres tú quien recoge los desperdicios y las mesas del restaurante LOS CAIRELES, ni siquiera vives ya en la casa de Móstoles, en la casa que te daba tanto miedo porque te recordaba que ésas eran las casas normales, las casas de los que ya no tienen más casa que la televisión y el olor de la cocina.

Tienes taras, espinas que llevas dentro como maldiciones. Desde pequeña te pasa, desde pequeña sufres por tonterías. Y eso es un daño, pero también es un agujón que te ha empujado, que te ha empujado mucho. Si no hubiera sido por eso no hubieras podido quedarte quieta delante de los toros. Si no hubieras tenido tanto miedo a la vida no hubieras podido acercarte tanto a los toros, acercarte a ellos como si fueran puertas abiertas.

Estás loca y tienes que seguir estándolo. Por lo menos hoy. Mañana ya se verá.

¿Cómo has podido matar toros, Juana, cómo has podido hacerlo tú, tú que hasta los doce años no habías podido matar ni ver matar ningún animal, tú que huías si había que matar un gallo o un pavo en Navidad? ¿Cómo has podido matar todos los toros que has matado?

Dilo, necesitas decirlo:

Los has matado porque te gusta hacerlo,
porque matar es una herencia,

y descubriste que huías de las matanzas de animales por miedo a encontrarte a gusto contigo misma, porque descubriste que los cazadores no matan por necesidad sino por gusto.

Era difícil de aceptar, pero así era. Era tenerlo todo, participar del sacrificio, era poder dar la vida y poder también dar la muerte. Ser como los dioses, ser más que los cazadores, más que los hombres. Ellos no pueden dar la vida. Sólo pueden programarla. No pueden participar de la consumación.

Brillantina, María de Utrera,

brillantina para tu pelo.

Ser más que los cazadores.

Ser como los dioses.

Hay que olvidar las palabras.

Para vivir hay que olvidar las palabras.

Tú y tu espejo - tú y tus cejas - tú y tu piel

Tú y tu boca - tú y tus ansias - tú y tú -

Tú, insaciable - tú, insaciable.

Me gusta mirarme.

Estoy viva, estoy aquí.

Viva entre los objetos.

Viva entre todas las marcas, entre todos los brillos.

Y estoy aquí porque los toros han muerto.

Han muerto y los he matado yo.

Por eso estoy aquí.

Los toros que me han podido matar

pero que no lo han hecho.
Los toros inocentes,
Los toros de ojos brillantes,
los toros de ojos negros y nobles, de ojos terribles.
Los toros que he matado, que matan los hombres,
esos son los toros que me han dado la libertad que ahora tengo.
Me han dado la libertad, me han dado el poderío,
y me han dado el paraíso de las cosas pequeñas.
Los toros que he matado
me han dado los hombres más vanidosos, los hoteles más caros.
Me han dado las mejores marcas de cosméticos que hay en el mundo.
Los toros que he matado me han dado
el temblor que tengo a todas horas.
María, échate más brillo en el pelo.
Los toros que he matado
me han dado la fuerza,
me han dado la fuerza. Y la fuerza es todo.
He podido sacar los recuerdos a pasear, y he podido escupir
como escupen ellos, y silbar como silban ellos, y vengarme
como no pueden vengarse ellos;
Porque a ellos les falta la cara oscura, el paladar.
A ellos les falta la maldición por dentro.
Los toros que he matado me han dado la fuerza y los temblores,
me han dado el lujo de los ricos y el lujo de las putas. Lo que se
dice todos los lujos.
Mira, María, qué cara se te está poniendo:
con el pelo pegado a la cabeza,
con el pelo como si fuera alambre mojado

se te está poniendo cara de hombre, míralo: cara de miedo.

Pestañas. Necesito pestañas.

(Se pone de pie para buscar unas pestañas postizas, que encontrará y se pondrá con sensualidad, recreándose en la suerte.)

Parece que no son nada: cuatro pelillos;

y para que no se caiga la mirada son lo principal. Para que no se te descuelguen los ojos no hay otra cosa mejor en el mundo. Cuatro pelillos. Claro, que estas pestañas son muy buenas; me costó trabajo encontrarlas. Como éstas hay pocas. Son elásticas, son sedosas, destacan y son traicioneras. Detrás de ellas miras como si miraras desde el balcón del Ayuntamiento; una mirada así, a las mujeres también nos impresiona. Las otras mujeres: ése es el verdadero campo de batalla. Ahí están la tierra y la sangre.

Luego, si dices que son postizas nadie se lo cree, ¿quién se va a creer que llevas pestañas postizas para torear? Por hacer un cumplido, si dices que tienes calor, te dicen que te abaniques con ellas, y si dices que tienes frío te dicen que guardes los abanicos, que corras las cortinas, que cierres las pestañas.

Tú misma. Ésa es la cosa. Si tienes frío o si tienes calor: tú misma.

(Se levanta, con el pelo ya fijado con brillantina y las pestañas postizas puestas, para enfrentarse al espejo.)

Tú, Juana Ramírez Ramos... tú, María de Utrera... tú misma... la niña espigadita... la hija del limpiabotas del bar EL CAIRO... La hija del banderillero limpiabotas... tú, loquita de la vida. Tú, necesitada de gloria... tú, miserable... tú, tan débil, niña tan débil... niña solitaria... niña de los cuentos. Niña de los libros... tú, hija de Juana Ramos... niña del limpia... tú, tú tan débil y ya con siete cornadas, cuatro de ellas graves... con siete partes facultativos, y la enfermería, y la anestesia, y las costuras con drenaje, que ahora son cicatrices, cicatrices que ahí están... tú, la niña espigadita, la de la escuela taurina... tú, la hija del limpiabotas que hizo el ridículo en La Maestranza... ¿De aquél? De aquél.

(Se distancia, cambia de tono de voz y finge un diálogo.)

Pues ésa, ésa es hija suya.

¿Y torea...? Por los pueblos... Si su padre hizo el ridículo que hizo, ya ves tú ella... Pues dicen que va a tomar la alternativa... No sé que alternativa va a tomar ésa... Pues la tomó, oye... Y encima, ahora dicen que viene a Sevilla... y que viene con las figuras... enteramente como si fuera un hombre... ahora se dan cosas muy raras... ya verás como al final nos enteramos de que es un hombre... oye, y que ha triunfado... que ha triunfado y que sigue triunfando... ya no son los pueblos... oreja en Sevilla, oreja en Córdoba, ¡orejas en Pamplona! ¡En Pamplona, tú! Lo de ésta no es corriente... No es que no sea corriente, es que es histórico... Y además que es verdad que es una mujer... cuentan y no acaban... tiene a los otro toreros trastornaos... Y además que es muy suya... Y que no para, oye... que no para... Ahora quiere torear la corrida de la Beneficencia. Y eso no es lo peor... Lo más grande es que la quiere torear mano a mano con José del Puerto... Y, encima, ellos aceptan... Está debilitando a los toreros hombres... Dicen que por eso se va quedando sin rivales... Los tiene a disposición... El mundo está cambiando.

La mosquita muerta... Antes de salir a la Plaza... En la habitación de ella... En la habitación de ella, o en la de él... Pero dicen que en la de ella, en la de ella misma... Antes de salir camino de la Plaza... Son cosas que parece mentira que puedan pasar... La hija de aquél que hizo tanto el ridículo... Y también hija de Juana Ramos, la que después de parirla a ella, abandonó al limpiabotas y se acostó con media Sevilla... Estaba muy buena... Estaba mejor que ésta, era más recia... ¡pero ésta mira por dónde va...! Mano a mano con José del Puerto, la figura más grande del toreo... El único torero que hoy torea con la verdad por delante, el único que todavía sabe torear como mandan los cánones. Pues, mano a mano con él... Y en Madrid... La mosquita muerta... La niña de Ramírez, la hija de Juana Ramos...

(Se separa del espejo y se enfrenta al traje de luces, que cuelga de la percha como si flotara en el aire.)

Mano a mano, y a no... Que José se está muriendo... ¿Muriendo José del Puerto...? Muy grave... Y dicen que ha dicho que ella torea la corrida sola... seis toros para ella sola... para ella sola...

Sola.

(Golpea el traje con furia, con desesperación.)

¡Pedeles! ¡Sois unos peles!

No sabéis más que presumir; ¿Y presumir de qué...? ¿De qué?

No sabéis más que contar historias.

No os dais cuenta.

Pero eso es lo único que hacéis: contar historias.

Y encima os las creéis.

No sabéis nada, nada. No sabéis.

Os lo creéis todo: peles, sois unos peles.

Os pasáis la vida contando historias

y esperándonos.

Sois niños que queréis demostrar

que no sois niños.

Os creéis lo que os dice mamá,

os creéis lo que os dice la novia,

os creéis lo que os digo yo.

¿Qué queréis demostrar, qué?

¿Qué podéis conquistar una mujer? ¿Qué podéis conquistar un toro? ¿Qué podéis conquistar la muerte? ¿Podéis? No, no podéis. Por eso no tenéis más recurso que la violencia. La violencia... y las palabras, como disimulo, como escondite. No sabéis vivir en la oscuridad, crecer en un pantano. Sois unos peles. No sabéis sentir cómo se forma el barro. Ni siquiera tú sabes nada, José. Tú incluso sabes menos que otros. Y eso que a tu lado el mundo parece que se tensa y se ilumina. Pero tú esas luces no las ves. Y sigues como si tuvieras que demostrártelo todo.

(Acaricia el traje de luces, que sigue colgado en el aire.)

Necesitas que te diga que toreas mejor que nadie, que toreas mejor que yo... y aunque realmente es así... aunque toreas como yo sé que no voy a torear nunca... aunque toreas mejor que nadie... necesitas demostrártelo... ¡demostrártelo ante mí!

¡No sabéis nada! ¡Nada!

(Golpea el traje de luces.)

Necesitáis demostraros que sois lo que sois.

¿Por qué? ¿Por qué sois tan débiles?

(Angustiada se recoge en sí misma, no se sabe si las frases que dice a continuación se las dice a JOSÉ del Puerto o a sí misma.)

¿Por qué no te basta con ser quien eres?

¿Por qué no tienes bastante con dejarte querer y acariciar?

¿Qué es lo que, en realidad, buscas? ¿Qué es lo que quieres?

(De nuevo se dirige al traje de luces y lo toca con la punta de los dedos, como temiendo herirlo.)

Te he dado todo lo que me pedías.

Te hubiera dado más si te hubieras atrevido - si te atrevieras - a pedírmelo; te lo hubiera dado - te lo daría - todo. Te daría mi vida, pero te la quiero dar mirándote de frente, sabiéndolo tú, sabiéndolo yo... de frente... de poder a poder.

(Se aparta del traje de luces.)

Es mentira. No sabes lo que te quiero. Y no lo sabes porque no puedes saberlo... porque nunca me he atrevido a decírtelo, porque nunca me he atrevido a decirte lo que quería decir. Desde pequeña, miento. Como si fuera por necesidad, como si fuera inevitable. Como si la verdad no importara.

(De nuevo mira el traje de luces.)

Si se muere José nada tiene sentido.

(Descuelga el traje de luces y lo envuelve entre sus brazos, acunándolo.)

No te duermas, mi niño, no te duermas.

Despiértate y desafíame. No te abandones.

No te vayas... No te duermas.

No te duermas, ahora... sueña, sigue soñando.

Sueña conmigo, sueña en mis brazos,

Soñamos los mismos sueños.

No te duermas... despiértate.

Despiértate y desafíame.

(Coge entre sus brazos el traje de luces con la pasión con que abrazaría a un amante.)

Desafíame. Ven. Ven, violador, tramposo, deseado;

ven como viniste tantas veces; miles de veces; y, a pesar de todo, pocas,

pocas veces.

Ven, paladeando la muerte,

masticándola y comiéndotela.

Ven a explicarme todo esto;

o mejor: a no explicarme nada,

a no explicar nada, a llegar y mirarme de frente.

A mirarme lleno de miedo, sonriendo.

A darme consuelo. A darme compañía.

(Mira el traje de luces, arrugado entre los brazos, y después de una larga pausa, lo coloca encima de la cama.)

Soñamos los mismos sueños. Lo malo es que tú te los crees.

Descansa, descansa solamente, no duermas, no sueñes, descansa.

Descansa de todas las batallas inútiles, de todos tus éxitos, descansa. Y cuando descanses, ven. Ven a darme las buenas noches, muy despacio, sonriendo; ven a pedirme que te traiga el desayuno a la cama y que te compre el periódico, que te envuelva en el día, que te arrope.

(El traje de luces está sobre la cama, brillante y exangüe, como un héroe extenuado. Ella lo trata como si fuera un enfermo.)

Descansa. No recuerdes tus pesadillas; no cuentes los cuentos que contáis los hombres, no me cuentes la historia universal.

Tranquilízate, todo eso es solamente un sueño. La historia es mi mano, mi mano aquí y tu mano temblorosa. La historia de los demás es humo, un humo que tú y yo apenas vemos, un humo que nos envuelve cuando sentimos que la vida es infinita.

(Suenan el teléfono. Ella parece despertar. Después de una pausa, coge el teléfono.)

¿Sí? ¿Qué quieres, Paco?

Claro que me estoy vistiendo.

No, no me hace falta que subas. Ya te lo he dicho antes.

Ni Rosario, ni tú.

Porque es un día especial y quiero vestirme sola.

Tiempo hay, no te preocupes.

Y te lo vuelvo a decir: no quiero ninguna llamada. Te hago responsable de que no me localice nadie.

La prensa mucho menos. Está claro, ¿no?

Y de lo otro... ¿se sabe algo?

(Parece repetir lo que ha escuchado. Con aire ausente.)

No hay nada nuevo. Todo está tranquilo.

(Respondiendo de nuevo.)

Sí, quiero seguir sola, vestirme sola.

Ya sé, y ya sé que siempre me habéis ayudado Rosario y tú, pero hoy quiero que sea distinto.

No te preocupes. Todo está tranquilo.

(Cuelga. Habla en un susurro angustiado.)

Todo está tranquilo... absolutamente tranquilo.

Y el triunfo me está esperando. Lo sé.

Lo sé, pero no quiero ir a la Plaza. Me tiemblan las piernas. Me horroriza pensar en la Plaza; la enfermería de la Plaza; la capilla de la Plaza; las mulillas arrastrando la sangre, la masa de sangre; y yo allí, con mi vaso en la mano, con mi vaso de plata enjuagándome la boca, la boca seca; con mi vaso en la mano y el público allí, tan cobarde, tan insaciable, tan necesario.

(Acorralada.)

¿Por qué tengo que seguir?

Si no quiero ir, si me tiemblan las piernas, si se rebela el cuerpo contra mí,

¿por qué tengo que ir?

Es absurdo, completamente absurdo ir a la Plaza de Toros a matar seis, seis toros, seis. Yo sola, sola porque José del Puerto está herido y yo no he querido suspender ni he querido que sea sustituido por cualquier otro. ¿Cómo he podido no parar a tiempo? ¿Cómo he podido estar donde estoy?

Es absurdo. ¿Por qué tengo que seguir? ¿Por qué ¿Por qué?

(Silencio.)

¿Por qué empezó todo?

No lo sé

Por nada.

(Abandona el traje de luces y se dirige al relicario.)

Padre, tú tuviste alguna culpa.

(Coge una fotografía, que se supone de su padre, y que se encontraba entre las imágenes religiosas iluminadas por lamparillas.)

Padre, aunque yo te tenga en el relicario lo tuyo fue espantoso, fue una locura ridícula. En realidad, a lo largo de toda tu vida y a habías hecho mucho el ridículo. Lo habías hecho siempre, pero lo de la Lotería Primitiva fue demasiado.

(Aprieta la fotografía contra su pecho.)

Padre, no se puede hacer lo que tú hiciste. No se puede, siendo limpiabotas, ganar un premio de trescientos catorce millones de pesetas en la Primitiva y dejar que te lo roben las ansias. Que te lo roben a cambio de torear un toro en la Maestranza. A ti, que habías sido banderillero fracasado; a ti, que nunca habías tenido dinero para sentarte en una barrera de sombra; a ti, que ya entonces tenías más de cincuenta años; a ti, que nunca te respetó nadie; a ti, limpiabotas del bar EL CAIRO; a ti; limpia de señoritos - *hincao en la cochambre*, como tú decías -; a ti, te tocan trescientos catorce millones en la Primitiva y te los gastas

en que los ricos te alquilen su lujo; te los gastas en sentirte uno de los suyos por un rato; te los gastas en vestirme de torero y en irte para La Maestranza, después de haberle comprado un toro a Pepito Poggio y de haber estado en su ganadería tres meses entrenándote mientras él se llevaba la Primitiva; y después de banderillar en la espalda a don Fermín, por unos celos, y tenerle que pagar la indemnización, después de eso, te vas a La Maestranza, muy compuesto. Pepito Poggio y sus amigos todavía se están riendo de la broma tan graciosa.

Padre, es que hay cosas que no se pueden hacer nunca.

Por mucha ilusión, por mucho fracaso, por mucho martinete que tuvieras dentro del cuerpo, era preciso también tener un poquito de rienda. Y si no, tenías que haberte dejado matar por el toro. Eso es lo que tenías que haber hecho; todo menos lo que hiciste: volver después de aquello, volver después de que te robaran la Primitiva; volver después de pasarte media hora agujereando al toro por los costados, matándolo a espadazos locos; volver después de que Pepito Poggio te ofreciera un puesto en su finca; lo que tú quisieras: guarda, jardinero o tractorista, si aprendías. Lo que tú quisieras.

(Vuelve a dejar la fotografía entre las imágenes religiosas iluminadas por una lamparilla.)

Padre, aunque yo te tenga en el relicario, lo tuyo fue una catástrofe. Nunca, nunca podré olvidar lo que sentí entonces: sentí vergüenza de haber nacido, y espanto. Espanto de tener que seguir sobre la tierra, tener que ir a comprar comida y vino, como si tal cosa. Como si no hubiera pasado nada, después de verte llegar de la Plaza de Toros de la Maestranza rechinando de pena y de ridículo, concentrado en la miseria, callado, turbio, arrastrando para siempre una deuda ya irremediable; irremediable; era una indefensión sin límite, sin límite ni descanso. Yo tenía trece años, y estaba rodeada de todos los regalos que me habías comprado después de ganar la Primitiva; estaba rodeada de todos los caprichos que te había pedido: juguetes, muñecas, zapatos, vestidos, bisutería y libros, muchos libros. Desde pequeña... los cuentos, los libros, las historias contadas por los hombres, los sueños escritos. Yo tenía trece años y tú cincuenta y tantos. Te sentaste en la silla con el traje de luces roto, me miraste con la cara llena de sangre - solo eran rasguños - y me dijiste: Tengo sed. Fui corriendo por el vaso y cuando lo estaba llenando ya sabía lo que tenía que hacer: tenía que intentarlo, tenía que hacer lo que tú habías dejado pendiente, tenía que vengarme... aunque no sabía de qué.

(Junto al traje de luces, con renovada vitalidad.)

Vístete María de Utrera. Vístete con el vestido de torear.

Vístete, niña; niña solitaria, niña de los cuentos.

Vístete ya, Juana Ramírez, hija de Juana Ramos,

y cámbiate el nombre, ponte un buen apodo, niña del limpiabotas, ponte un apodo en condiciones, ponte María de Utrera, que aunque tú no naciste allí, de allí era tu padre, Ramírez el de la Primitiva.

(Con un gesto que quiere decir: No quiero saber nada.)

Hay que vivir como si nada fuera real.

Hay que soñar que todo es mentira.

Hay que seguir intentándolo todo.

(Frente al espejo.)

Vístete, María de Utrera, que ya es la hora.

Y vístete bien, vístete de blanco y oro, que es el traje que te da buena suerte,

y que además es bonito. Vístete bien y dale brillo al cuerpo.

No te equivoques. Los cuerpos fuertes no sueñan. Los cuerpos fuertes saben mirar a la tierra desde la tierra.

(Se quita la bata y se queda con un diminuto tanga de color blanco, frente al espejo. Tira al suelo la bata y se acaricia suavemente.)

Brillo, brillo para el cuerpo.

Brillo para todos estos misterios, para toda esta locura,

para esta sinrazón, para este poderío.

Para este invento.

Juana, mírate desde la tierra.

Desde la tierra, pero no olvides que las verdades del cuerpo son mucho más misteriosas que las de las palabras.

(Acariciándose el vientre.)

A veces eres sólo un juego, y entonces me haces feliz, pero otras veces me sobrepasas y me arrastras, y me llevas a no sé dónde, y me enseñas que no hay límites, que no hay límites, aunque todo acabe.

Juana, tienes que ir a la Plaza. Tienes que ir sin memoria.

Brillo, brillo para el cuerpo. Brillo y cicatrices.

(Se acaricia supuestas cicatrices.)

Cicatrices pequeñas, como arañazos del deseo, como marcas legítimas. Y cicatrices feas, cicatrices de heridas grandes; de heridas cuidadas, desinfectadas, cosidas por en medio de la anestesia; cicatrices de cornadas grandes que ya te pertenecen.

Juana, estás desnuda y no te protege nada.

Nada; como no sea tu voluntad, tu voluntad, tu voluntad y el azar.

¡Vístete María de Utrera!

Para que el cuerpo ayude hacen falta las intenciones. El cuerpo, por sí solo, es un invento; pero es un peligro. El cuerpo está loco.

Hay que ayudarlo.

(Se pone unos leotardos blancos, que estaban sobre la cama y que quizá no se han distinguido de las sábanas hasta ahora.)

Vístete María de Utrera, vístete de blanco y oro; vístete de misterio y seda pegajosa; vístete de ansias y oro. Después de tantos siglos de disimulo, vístete de lo que quieras.

Ponte estos leotardos y pégatelos al cuerpo; pégatelos bien, que se ajusten a todos los miedos, a todas las locuras desparramadas por la piel. Han sido miles de años de disimulo y la agresividad se ha ido oscureciendo y escondiendo bajo la piel. Son raíces muy antiguas, muy hondas, raíces de oro sucio y seda. Métese en esta funda como si esto fuera un refugio atómico.

(Suena el teléfono. En principio, no lo coge.)

No me llames más, Paco. Déjame en paz.

No me des más la lata. Me visto yo, me visto sola.

(Sigue sonando el teléfono.)

Te he dicho que me dejes en paz. Que me dejes de una vez.

(Pausa. Reflexiona.)

¿Y se fuera algo de José? ¿Y si fuera alguna novedad?

(Coge el teléfono.)

Dime.

Que no, que no subas.

Sí, ya me imagino que hay gente que quiere verme.

Sí, ya me supongo que quieren autógrafos. Todo eso ya lo sé. Pero tu obligación es ésa: impedir que nadie llegue hasta aquí.

Y en cuanto a ti, ¿qué quieres, Paco? ¿No te he dicho que me estoy vistiendo sola? ¿Como te lo tengo que decir?

¿La taleguilla? La taleguilla también me la pongo yo sola.

¿Qué si puedo? ¿Tú qué crees?

(Cuelga.)

¿Qué se creará éste? ¿Qué necesito que él me ponga las bragas?

(Se pone de pie enfundada en los leotardos blancos y se dirige al sportón, de donde coge las medias rosas que estaban junto a los capotes doblados.)

Paco, lo tuyo ha sido una debilidad mía. No ha sido otra cosa.

Una debilidad tonta. No sé ni cómo te he aguantado tanto tiempo. No sé por qué te he dejado que me vistas. Aunque en teoría me viste Rosario, la verdad es que luego me has estado vistiendo tú más que ella. Rosario es muy envidiosa. Eso es aparte.

(Se sienta en la cama y se empieza a poner las medias.)

Es aparte pero lo noto. Cuando me peina, tan calladita, oigo muy bien lo que está pensando; cuando me alisa el pelo sobre la cabeza siento lo que está sintiendo. No es agradable para ninguna de las dos, pero nos alimenta. A veces, cuando me pone las medias, empieza a tragar saliva y se va quedando pálida. No creo que sea solamente envidia y odio, creo que también es deseo. A veces lo noto muy bien, noto que le gustaría, al mismo tiempo, estrangularme, ser yo y envolverse a mi cuerpo como una enredadera loca. Y besarme con esos labios tan finos.

(Deja de ponerse las medias.)

Me tiemblan las manos. Me tiemblan de miedo. Cada día tengo más miedo. Torear siempre me ha dado miedo, pero hoy tengo más que nunca. Hace días que me tiemblan, pero hoy más. Y cada día más. El que mejor lo sabe eres tú, Paco.

(Reflexiona mirando al teléfono.)

No te he preguntado por José.

¿Y qué te voy a preguntar?

(Sigue poniéndose las medias.)

El que mejor sabe el miedo que me dan los toros eres tú, Paco.

Lo sabes mejor que nadie, porque como tú dices has estado siempre detrás del mostrador de la taberna. No sé por qué te aguantas, pero el caso es que es verdad; detrás del mostrador de la taberna. Ahí has estado.

(Se levanta para ponerse un sujetador, antes de ponérselo se acaricia los pechos mientras dice.)

Me duelen, me aprietan, me golpean. Los siento como dos campanas. Parece que me quieren avisar de que la taberna está temblando. Pero se tienen que aguantar.

(Se pone el sujetador.)

Queráis o no queráis os tenéis que callar. Tenéis que esperar. Tenéis que dormiros metidos en la funda. Tenéis que olvidaros de los repiques.

(Empieza a colocarse la taleguilla.)

Paco, tú eres tonto.

Has estado detrás del mostrador, no te lo niego, pero eres medio simple. No me extrañaría nada que te creyeras de verdad que no me puedo poner yo sola la taleguilla.

(Tumbada encima de la camasa va enfundando la taleguilla mientras sigue hablando.)

No me extrañaría nada que te lo creyeras, porque los hombres sois así: mucha imaginación para las tonterías, mucha fantasía, pero luego mucha ignorancia para todo lo que sea verdad. Y eso que tú, Paco, detrás del mostrador has movido muchos desperdicios, y eso enseña. Además has sabido aguantarlo todo como si no fuera contigo. Eso también enseña. Has sabido estar detrás del mostrador, detrás de las apariencias, detrás del baile de disfraces. Has sabido cuidar el género, esperando que la taberna se quedara vacía, que la taberna se quedara sola para luego ir picoteando en todas las existencias. No te has dejado engañar por las palabras. Has sabido escucharme la respiración y el ruido de las tripas. Has sabido acercarte y tocarme cuando he querido, como he querido, donde he querido. Me has dado muy buenas explicaciones.

Con eso has podido ir tirando. Has sido mi amante y mi cubo de basura. Has sido mi tonto de ojos oscuros, mi niño de ojos grandes y tontos. Constante, has sido muy constante. Todas mis traiciones te han parecido pocas. Has sido una sombra de ojos oscuros y también has sabido ser la tarta del cumpleaños y la toalla de las resacas. Has tenido paciencia. Y así, a lo tonto a lo tonto, te has podido meter en algunos de mis mejores momentos de feria; y luego - eso sí - has sido el único que se ha arrodillado a lamerme las desgracias. Eso tiene mérito. Has sido mi mascota, mi refugio, mi sobón de manos frías, mi tonto tonto.

(Se levanta de la cama con la taleguilla puesta.)

Lo tuyo ha estado bien, Paco; pero al final tú eres tan inútil como el otro. Como el torero. Como el héroe de los ojos claros. Los dos sois casi lo mismo: una fantasía que sólo sirve para lo que sirve. Pero nada más. Semilla, semilla y violencia.

(Pausa.)

Tengo miedo.

No quiero torear, no quiero.

No quiero torear hoy.

No quiero torear nunca. Tengo miedo. Tengo náuseas.

(Se acerca a la ventana, descorre las cortinas y mira al exterior.)

¿Y si lloviera? ¿Y si esta tarde lloviera?

¿Y si con la lluvia se suspendiera la corrida?

¿Y si hubiera un Dios que me escuchara?

No debo, no debo torear. Ya no hay mano a mano, y a no tiene sentido.

Tengo frío. Tengo frío aunque sé que hace calor, un calor insoportable.

Desde anoche tengo frío. Quitó el aire acondicionado pero oigo zumbar aire frío por todas partes. Hasta por en medio de lo que pienso.

No puedo torear, no quiero. Era un mano a mano con José.

Era como un juego. Él me decía, mira. Y yo le contestaba, pues ya ves.

Así una tarde y otra tarde, sabiéndolo todo sin tener nada que saber.

Estoy segura de que hace mucho calor. No lo puedo sentir pero lo veo. El calor se ve. Y siempre me ha gustado mirarlo. En esta época es cuando se le ve y se le escucha mejor, entre San Antonio y San Juan. Cuando todavía es un calor de principio de temporada. Éste es el calor con el que se nos han quedado las bocas tan secas, mirándonos, creyendonos que nos odiábamos tanto. Odiándonos de tanto necesitarlos, desentirnos tan juntos, de creer que no cabíamos en la misma plaza. Este es el calor con el que se nos han secado las bocas con los vasos en la mano, sin beber, esperando que bebiera el otro.

No puede ser. No puede destrozarte un toro delante de mí. Y yo estar viéndolo sin poder hacer nada, nada, nada. Y estar allí, viéndolo.

José, no puedes abandonarme ahora; antes de esta corrida, cuando más te necesito.

(Después de unos segundos de silencio y desconcierto, coge la camisa y se dispone a ponérsela.)

Madre, cuánto te gustaría estar ahora aquí conmigo, estirándome la camisa, poniéndome adornos; sin entender lo que está pasando, mirándome fijamente a los ojos, perdida entre las miradas, pidiéndome que esté guapa, que no renuncie a ningún homenaje, que no renuncie a la gloria, al poderío, que no renuncie a ninguna locura, a ninguna.

Madre, hablo sola porque tú no estás aquí. Ya sé que no puedes, que estás enferma, que cada día tus pesadillas son peores, que no has podido con la enfermedad del alcohol y que los días que voy a verte a la clínica te pones nerviosa y me echas y me dices que no me haga ilusiones, que no soy hija del limpiabotas, que mi padre no existe y si existe tú no lo conoces. Yo creo que tú nunca quisiste tener una hija. Ni una hija ni un hijo. Creo que nunca quisiste tener nada más que emociones. Eso es lo que más te ha perjudicado.

(Con la camisa ya puesta; mientras se la abrocha.)

Mira qué pechera, bordada y un poquito almidonada; lo justo. José la lleva sin almidonar; dice que no le importa, que eso es antiguo. Ya ves, antiguo; como si no fuera ésa la gracia que tiene.

(Se desentiende de la camisa, y se acerca a la cama, en donde busca algo que por fin aparece. Entre las sábanas había un muñeco de peluche. Lo coge. Y juega con él mientras habla.)

Antiguo, ya ves tú, como si todas las emociones no fueran antiguas. A pesar de todo, madre, yo siempre te he comprendido muy bien. Desde muy pequeña. Los disparates se comprenden muy bien. ¿Te acuerdas cuando jugábamos a pasear por el zoo? A pasear por el zoo sin salir del dormitorio. Tú eras la rana grande y yo la mosca princesa, tú eras la araña de los bosques nevados y yo la gata con uñas de zafiro. Me mirabas con horror porque la araña había caído en mis garras y no había nieve bastante para cubrir tus heridas y tu dolor. Lo decías tumbada encima de la cama, haciéndote un ovillo porque ya habías perdido todas tus patas y todas tus redes y sólo te quedaba el cuerpo gordo de la araña.

Los disparates son lo único que une de verdad.

Luego ibas a la cocina y seguías inventando torturas. Decías que los garbanzos eran soldados huérfanos que habían llegado por el Guadalquivir buscando un estómago para dormir eternamente.

-¿Quieres que duerman contigo o conmigo?

-Con las dos.

Y así era, dormían con las dos. Comer garbanzos era dar asilo a un ejército de huérfanos. Nunca he podido comerme un garbanzo sin recordar aquello. No había descanso. ¿Recuerdas la historia de las patatas? Estabas segura de que a ellas les gustaba que las peláramos, les gustaba quedarse sin cáscara, quedarse desnudas para poder bailar sin estorbos en el aceite, mientras se freían.

Otras veces me mirabas borracha y me decías: *Hoy me han comido los pies. Lo primero que se comen los demonios son los pies. Luego, querrán más.* Cuando estaba él - Ramírez, mi padre - tú querías que jugásemos a los toros. Donde él nos viera. Tú eras un toro enfermo y yo el torero que te llevaba agua y flores, y cuando tenía que matarte me pedías que te explicara que no importaba nada porque el sacrificio era necesario. Y así podrías luego, pasado el tiempo, convertirte en un rayo y matar a todos los toreros. Los disparates son lo más antiguo que existe. Y lo más verdadero.

(Tira sobre la cama el muñeco de peluche y vuelve a ocuparse de la camisa. Se abrocha los botones que le quedaban por abrochar.)

A ti, madre, las pecheras bordadas te gustan. La verdad es que a pesar de todas las imprudencias que has hecho me acuerdo de ti. Me acuerdo de ti y te hecho de menos, pero cada vez que te veo o cada vez que te recuerdo me haces sufrir. Has sido muy poco astuta, has sido demasiado evidente, demasiado descarada. Te has arrastrado por la vida sin disimulo. Con muy poca prudencia. No has tenido más que la malicia natural; no has aprendido nada, te ha faltado el refinamiento. Las perversiones son muy complicadas y necesitan mucha voluntad; tú además no tuviste ayuda. En cambio, quererte sí que te hemos querido. ¿O no? El limpiabotas te quiso más que a nadie. ¿O no? Mucho más que a mí. Y eso, que tanto él como yo, digas tú lo que digas, siempre hemos estado convencidos de que sí, de que yo soy hija suya. Ya ves, el limpiabotas, que parecía tan inútil, después de todo acertó la Primitiva. Él, que había fracasado como banderillero, triunfó en la lotería. En cuestión de dinero, podía haberte dado todo lo que hubieras sido capaz de soñar, pero cuando ganó el premio ya le habías abandonado del todo. A él y a mí. No has sabido cuidarte. Aparte de los sentimientos, hay que tener cabeza.

(Coge la faja pero no llega a ponérsela, juega con ella entre las manos.)

Y tampoco estuvo bien que nos dejaras a Ramírez y a mí solos en Móstoles. Él había tenido que limpiar muchos zapatos y traficar con todas las sobras para poder dar la entrada del piso que decías que tanto te gustaba. Y lo que fue peor: tuvimos que dejar Sevilla, que para él era una obsesión muy grande. Es natural. Había nacido y se había criado en Utrera. Tú eres del mismo Sevilla, igual que yo, aunque yo soy ya de la Seguridad Social, de la Virgen de los Reyes, pero, en fin, de Sevilla. Por eso él tenía que ser más sevillano, porque era de Utrera. El caso es que hubo que dejar todo lo que era el sur. Allí estaba y la cosa muy complicada. Los señoritos del bar EL CAIRO te rifaban entre ellos. Una broma. Y dicen que hubo uno que le pagó a Ramírez con las papeletas. Muy poca cabeza. Y luego ya aquí, en Madrid, en Móstoles, hubo que hacer un esfuerzo para que las buenas amistades lo colocaran de limpia en el bar CHICOTE. Para eso hubo que mover todas las influencias. La verdad es que el hombre sufrió. Aparte de los sentimientos hay que tener cabeza. Al toro se le torea con la cabeza. El cuerpo es lo principal pero se le torea con la cabeza. Nosotras, por tener lo principal, hemos descuidado mucho la cabeza. Ha sido un error. Y ahí se han agarrado ellos. Pero eso también se les está acabando. Nos han castigado mucho. Durante toda la vida, durante siglos. Ha sido por miedo. No es que yo los quiera disculpar, pero ha sido por miedo. En una lucha, lo de menos es ganar, lo espantoso es perder. El que pierde no existe, no existe pero se arrastra.

(Arruga con violencia la faja entre sus dedos.)

El miedo. Y contra el miedo, la cabeza. El odio frío.

Ésa es la fuerza.

Mi padre y tú habéis sido tan débiles que todo vuestro odio ha sido siempre inútil. En la lucha entre vosotros perdíais siempre los dos. Siempre os arrastrabais los dos. Muy poca cabeza.

No me pasará a mí, dije. No me pasará nunca, nunca. Nunca.

(Tira al suelo la faja, convertida en un amasijo sudoroso. El desperdicio queda lejos de su vista, por el suelo.)

Calor. Hace calor, un calor insoportable.

(Se coloca junto a la ventana y mira hacia el exterior.)

Pero no habrá tormenta. Habrá silencio. Calma chicha. Y morbo, un morbo pantanoso. La mujer torero. La *señorita torero*. A ver si es verdad que *ésa* puede con seis toros. Con seis toros ella sola. Eso habrá que verlo. Un morbo pantanoso. Aunque no toree José del Puerto estoy segura de que no habrán devuelto ni una sola entrada. Ya se estarán vendiendo los refrescos. Y los claveles. Ellos comprarán claveles para ponérselos, con una sonrisa, en la solapa y luego si la cosa viene bien, con ojos encendidos, me los tirarán al ruedo... Si consigo matar los toros, si les gusta cómo los mato, si agradecen el esfuerzo.

José, tú y yo hemos hablado mucho de arte, pero el arte no es más que eso: una violencia que deslumbra.

Tú estás equivocado, José, a ti te gusta mucho creer que tienes poderes mágicos. Si tienes poderes misteriosos, ¿por qué no llueve?

¿Por qué no llueve a cántaros? ¿Por qué no llueve a mares y se suspende la corrida? A ti te gusta soñar con la cabeza puesta en mi vientre. Con la cabeza aquí.

(Se acaricia el vientre.)

Te gusta soñar que haces prodigios, te gusta soñar que si fuera preciso, si el toro fuera certero a por mí, decidido a rematarme, tú, sin capote siquiera, con un gesto de la mano, te llevarías al animal detrás de ti. *El día que haga falta me llevaré al toro lamiéndome en la mano, como si fuera un perro enseñao. Lo haré para que no te coja, pero sobre todo para demostrarte lo que es un torero.* Eso me has dicho muchas veces. Y yo allí, embobada. Eres un chulo, José del Puerto; un chulo y un embustero. Y lo peor es cuando te pones folclórico, cuando me miras con los ojos claros y me dices, desparramao, que parezco la Bahía de Cádiz. ¡Tú no sabes lo que es una mujer ni lo que es la Bahía de Cádiz!

(Se ciñe el chaleco bordado con genio y tufo de barranco.)

Las mujeres somos barro. No te digo tierra, te digo barro.

¿Dónde está el corbatín?

(Lo busca.)

Hace calor, pero no hace calor.

No sé si hace calor, no sé dónde está el corbatín.

Juana, no puedes perder la cabeza.

No puedes derrumbarte ahora. ¡Eso sí que no! Aguanta, tienes que aguantar.

Aquí tienes el corbatín. Póntelo. Mírate a la cara y póntelo.

No te pueden temblar las manos, las manos frías.

No puedes tener esos dedos, esos dedos torpes.

¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué tengo que torear? Las manos, no tengo manos.

(Se muerde los dedos.)

Sí tienes manos.

No puedes pararte ahora, no puedes.

(Se coloca frente al espejo.)

No me importa el triunfo, no quiero el triunfo, sólo quiero volver de la Plaza, sólo quiero no pisar nunca más el ruedo. No hay ninguna razón para seguir, ¿verdad que no? No hay ninguna razón. Claro que la razón no es nada. No sé... No sé por qué he llegado hasta aquí. Pero estoy aquí, estoy aquí y soy yo. No puedo pararme. No puedo arrepentirme.

(Desdoblándose, con inesperada serenidad.)

Juana, estás diciendo tonterías.

Hazte bien el nudo.

(Se hace el nudo del corbatín pareciendo que despierta de una pesadilla.)

Padre, si estuvieras ahora a mi lado me harías el nudo del corbatín. Eso sí sabías hacerlo. Si estuvieras aquí, pensarías que tu vida había tenido sentido; pensarías que yo iba, en una sola tarde, a justificar tus tinieblas. Padre, aquel vómito de sangre, aquella muerte que tuviste fue porque no supiste esperar, seguir esperando. No se puede parar, no se puede volver a limpiar zapatos al bar CHICOTE después de un sueño como el que tú soñaste.

Nunca me llevaste a una plaza de toros.

Seguramente hubieras querido llevarme a la Plaza, seguramente hubieras querido que yo fuera niño para eso, para llevarme; porque claro, las niñas no van a los toros, pensarías tú, mirándome, desilusionado. La primera vez que fui a la Plaza ya odiaba a los toros, ya te había pasado todo lo que te pasó en La Maestranza, y antes de haber visto ninguna corrida ya había decidido triunfar ahí, matando toros, ya había decidido ser la gran figura del toreo. Sólo tenía que aprender.

(Se sitúa frente al esportón con capotes y el juego de estoques.)

La primera vez que entré en la Plaza fue en la de San Sebastián de los Reyes. Todo me pareció horrible, me pareció el espectáculo más repugnante que había visto nunca. Ya entonces me acompañaba Paco. Él sacó las entradas. Paco estudiaba en la Escuela Taurina y dice que le hicieron rebaja. No creo que fuera verdad. A lo mejor se las habían regalado. Paco me explicaba todo aquello, todas aquellas fantasías que había detrás de tanta sangre. De pronto, cuando la gente más aplaudía, se puso de pie y dijo radiante: *Ésta es la Fiesta Nacional, ésta es España*. Yo estaba comiendo pipas, tenía trece años, tenía ganas de irme, pero no podía porque ya estaba decidido: yo iba a ser la primera mujer torero que retara al mejor de los hombres toreros, al mejor de todos. Y le retaría en la Plaza de Madrid y allí le vencería. Hacía mucho calor, el mismo que debe hacer hoy, pero ese día sí lo notaba, y quería un abanico. Paco me abanicaba con una revista taurina, me llegaba el olor de los puros; lo único que me gustaba era la música, la banda de música me gustaba; pero lo que pasaba en el ruedo era una pesadilla: muerto el toro y arrastrado entre una nube de polvo era como si nada, porque todo volvía a empezar, salía otro toro y luego otro. Comprendí que los toros eran inmortales, pero que había que matarlos. Aprovechando un descuido, Paco me metió mano. Era la primera vez. Me pareció que los hombres no saben lo que hacen, les dan calambres y ya les da lo mismo, ya no oyen ni su propio miedo.

Yo estaba mirando las banderas, no sabía que hubiera banderas en las plazas de toros. Él se paró en la ingle. No se atrevió a seguir.

Si hubiera seguido, yo no sabía si tenía que decirle algo; estaba pensando qué tendría que decirle, pero él se paró; pudo más el miedo que el ansia. En el ruedo estaban poniendo banderillas y dijo: *Ése par al quiebro ha sido muy bueno. Para los aficionaos, se entiende.* Retiró la mano y no me miró de frente en un rato. Les daban orejas a los toreros y yo pensaba que me iba a dar mucho asco cogerlas cuando me las dieran a mí, cuando las cortara yo. La verdad es que las orejas a veces pueden dar asco. Yo he cortado muchas y me gustan, pero entonces tenía trece años. Gracias a ti, Paco, conseguí entrar en la Escuela Taurina. Siete cornadas llevo ya. En cambio tú lo dejaste. Dices que nos has tenido suerte.

(Se pone lentamente la chaquetilla.)

Blanco y oro.

Los alamares son bonitos. Este traje es bonito. Además me da suerte. Me la ha dado siempre.

El primero que me compré también era blanco.

(Se pasalas manos por el traje haciendo un reconocimiento pormenorizado de sus singularidades. Se da cuenta de que no lleva puesta la faja.)

La faja. ¿Qué he hecho con la faja?

Te falta la faja, María, te falta la faja.

No puedes perder la cabeza,

No puedes perder la faja, no puedes perder el control, María de Utrera.

(Se acaricia el vientre, el útero.)

No puedes quedarte desnuda ahora.

El vientre, no puedes acariciarte ahora el vientre.

No puedes saber lo que sabes, no puedes, Juana.

No puedes saberlo ahora; tienes que seguir huyendo;

No puedes pararte ahora; no puedes ponerte las manos en el vientre, las manos frías, las manos de niña sola y buscarte el útero. No puedes saber lo que sabes. No puedes saber que sí, que es verdad, que el análisis demostró que estás embarazada. No puedes saberlo ahora.

(Pausa. Después habla con resignada frialdad.)

No puedes recordarlo ahora. Es lo único que te habías prohibido hoy. No puedes hacerte preguntas ahora. No puedes saber qué eres. No puedes sentir quién eres.

No puedes utilizarlo para justificar tu miedo. Descansa.

Todo va bien.

No va a pasar nada malo. Todo irá como debe ir.

Ponte la faja, María de Utrera.

(Busca la faja por el suelo, y cuando la encuentra se arrodilla, la coge y se la pone.)

Coge la faja, la faja que tiraste al suelo, arrodíllate y cógela. Cíñetela bien a la cintura y recuerda que llevas cinco corridas seguidas sin cortar más orejas que la que cortaste en Granada - una sola-, que llevas cinco corridas sin ponerte en el sitio, sin saber colocar los sentimientos, cinco corridas defendiéndote el útero. Recuerda que no has dormido nada en toda la noche. Y que al final has hecho una promesa: esta corrida sí, luego ya se verá, pero esta corrida, sí. Porque no dejarás que nadie, absolutamente nadie, decida por ti. Serás tú misma; tú sola.

(Se acaricia con ternura el vientre.)

No puedo dejar que me robéis la locura, porque ¿sabes tú?, ovillito, la locura es un sueño que no se deja robar, es un sueño muy antiguo, un sueño que nunca despierta para los demás. Un abismo que tengo que soñar yo sola. Tú eres un ovillito, una tiniebla; tú eres una raíz, pero necesitas barro.

Estás descalza, María; te faltan las zapatillas; las zapatillas y la montera. Otra cosa ya no te falta.

(Se sienta en la cama para ponerse las zapatillas.)

Recuerdo muy bien cuándo fue. No es que no hubiera en esos días otras oportunidades; pero estoy segura de que fue la vez que estuvimos toreando juntos en la dehesa nueva que te has comprado, José: el día que estuvimos toreando desnudos las tres

becerras y el novillo desechao. Fue allí mismo, en la plaza, sobre la arena, después de que me dejaras que entrara yo a matar el novillo. Había salido bueno ¿te acuerdas? Lo habíamos toreado los dos. Lo habíamos toreado bien. Dijiste que verme entrar a matar desnuda ya no era deseo, ya era vértigo. Cité a recibir, lo aguanté bien, me rozó la cadera derecha con el pitón y salió muerto del embroque. *¿Te ha gustado, José? Ha estado bien. ¿Bien? En el hoyo de las agujas.* Fue allí, sobre la arena. Sudabas más que nunca. Y me preguntabas: *¿Tú por qué no sudas?* Quería gritar, dar un chillido inmenso, pero no grité. Te cogí la cabeza con mis dos manos y la arrastré dentro, entre los pechos. Cerré los ojos y sentí que el mundo era una bola de incienso que se estaba quemando.

(Pausa.)

Fue esa vez. Seguro.

(Se levanta, con las zapatillas puestas, y mira el reloj que hay sobre la mesilla de noche.)

¿Por qué no me llama nadie? ¿Por qué no me llama Paco? ¿Por qué no me llama Rosario? No me llaman porque les dije que no me llamaran. Pero, a pesar de todo, tenían que haber llamado. ¿Y si me hubiera dado un mareo? ¿Y si hubiera decidido no torear la corrida?

Además ya es la hora.

(Coge el teléfono, marca un número.)

¿Paco? ¿Tú sabes la hora que es?

¿Tú sabes que todavía me tienes que atar los machos? ¿Tú sabes que tienes que coger el esportón? ¿Tú sabes que llevo un rato esperando?

Lo sabes. Pues entonces, ¿por qué no has subido?

¿Por qué hay problemas con la corrida? ¿Qué problemas?

¿Qué?

¿Qué la corrida se ha suspendido?

¿Qué se ha suspendido sin contar conmigo? ¿Pero qué dices?

¿Qué estás seguro de que yo estaré de acuerdo con la suspensión?

¡Tú estás cada día más ignorante, Paco! ¿Tú crees que se puede tomar una decisión así sin contar conmigo?

Y además, ¿por qué? ¿Por la lluvia?

¿No está lloviendo?

¿Entonces?

¿Por respeto ¿Por qué respeto?

¿José?

No, no es verdad; no puede ser verdad.

(Grita como una fiera herida.)

¡Dime que no es verdad!

(Dejando caer las palabras por un despeñadero.)

No es verdad, José no ha muerto. No puede morir, no puede, dímelo tú, dímelo, dime que no es verdad; dímelo, Paco, dímelo. José no ha muerto. José no ha muerto. Dímelo.

(Escucha al teléfono como si todavía esperara una rectificación.)

¿La verdad? ¿Qué hay que aceptar la verdad?

¡Muérete Paco, muérete tú y que sea ésa la verdad!

Y mientras te mueres, no pises esta habitación. Déjame sola. ¡Sola! ¿Lo has oído bien? ¡Sola!

(Cuelga el teléfono.)

No, no existen las verdades. Desde pequeña esa ha sido mi fuerza: vivir como si nada fuera verdad, soñar que todo es mentira. Hay que soñar ese sueño, José, hay que soñarlo. Porque en ese sueño tú estás vivo, eternamente vivo; tú estás a mi lado, tú estás escuchándome. En ese sueño nadie puede separarnos. Nadie, absolutamente nadie.

(Pausa. Lentamente va entrando en una desolación contenida pero irremediable.)

¿Qué has hecho, José...? José, niño de la Encarna, niño del Puerto... ¿Qué has hecho, José?

¿Por qué te has abandonado? ¿Qué has hecho con tus poderes mágicos? ¿Qué has hecho conmigo? Has faltado a la cita, has tenido miedo, no has podido aceptar el mano a mano. Nunca te podré perdonar, nunca, José del Puerto. Nunca. Te has ido sin dejarme más consuelo que los sueños, pero al irte tú ya no existen los sueños.

(Frente al espejo.)

Estás sola, María de Utrera.

Necesitas decirlo y necesitas saberlo.

Estás sola.

Mírate bien y olvídale todo.

Tú y tus labios. Tú y tus ojos. Tú sola.

Alrededor no habrá ya más humos que el humo.

La vida ya no será infinita.

José del Puerto será un retrato.

El mejor de los toreros será un retrato.

La persona que más he querido será un retrato.

Todo está tranquilo, absolutamente tranquilo.

(Se dirige a la mesa en donde siguen las velas encendidas.)

Todo está como hace siglos.

Todo está en silencio.

En silencio, como el fondo de un lago,

una oscuridad muy antigua.

Encenderé una vela, José. Habrá una lucecita nueva.

(La enciende, parece que reza. Pausa.)

Vuela, José, vuela, desenreda claridades.

José del Puerto, el mejor de los toreros.

(Se aparta del relicario y se mueve como perdida por la habitación.)

Es verdad, pero no puede ser verdad.

¡Qué silencio! ¡Qué silencio durante tantos siglos!

¡Qué oscuridad! ¡Qué lago tan frío! ¡Qué soledad, Juana, qué temblores, qué recuerdos tan vivos, qué aullidos por dentro!
¡Qué soledad! Soledad, y el recuerdo de su mano enseñándome el anillo: *Mira lo que te he comprado ¿Para qué quiero yo un anillo?*

Para recuerdo.

¡Qué castigo! ¡Qué condena saber que sí, que será el recuerdo de que no estás tú y de que eso nunca podré olvidarlo! ¡Qué soledad, Juana, qué castigos! Mientras viva no habrá descanso, no habrá día que no te recuerde y te busque; te busque en las habitaciones, en los pasillos, en los aeropuertos, en el coche, en la cama, en la entrada de los hoteles, en el campo, en el ruedo, por en medio del desierto.

¡Qué dolor y qué oscuridad!

Ya nunca más.

Ya nunca se abrirá la puerta para que entres tú.

Ya nunca más la Bahía de Cádiz.

¡Qué silencio! ¡Qué soledad!

(Pausa.)

Una lucecita, el humo de las velas.

¿Será una pesadilla? ¿Será todo una pesadilla?

¿Volverán a llamar y dirán que todo ha sido un error?

¿Será posible despertar?

Dímelo tú; sálvame, José del Puerto.

¿Dónde estoy? ¿Dónde? ¿Estoy viva? ¿Es todo verdad? ¿Dónde estoy? ¿Dónde?

(Corre hacia la puerta de la habitación y la abre. Relámpagos de flash. Voces muy excitadas dicen.)

-Es ella.

-¡Mírala, mírala!

-¡María de Utrera, mírala!

-María ¿es verdad lo que dicen?

-¿Es verdad lo que ha dicho la radio?

-María ¿qué vas ha hacer?

-¡Un autógrafo, María, un autógrafo!; por favor, María.

(Cierra bruscamente la puerta; sobre la que durante unos segundos se oyen los golpes de los admiradores.)

Ahí están. Los demás. Los otros. El mundo entero.

Ahí está la fuerza.

José ha muerto, pero ellos no recuerdan. Ellos piden.

Ellos me piden. Me piden autógrafos, me piden que alimente la locura, que no los abandone y o también, que no los deje solos, que sigamos soñando el mismo sueño.

He toreado por ellos.

José ha toreado por ellos.

Ellos son la explicación del mundo.

Ellos son la medida de nuestras fuerzas.

Ahí están, insaciables.

También están los fotógrafos.

(Frente al espejo.)

Tú y tus cejas; tú y tu piel; tú y tu boca; tú y tu espejo.

(Coge una barra de carmín y muy lentamente se pinta los labios.)

El carmín me gusta, me quita mucho frío de los labios.

¿Quién eres, Juana? ¿Quién eres tú? ¿Qué esperas?

(Deja de mirarse al espejo.)

No puedes hacer preguntas.

No puedes pararte tampoco ahora, tienes que seguir.

(Pausa.)

Tengo que seguir.

¿A dónde?

La soledad es una inferioridad numérica.

La soledad es sentir que vas a morirte sin obstáculos.

No quiero quedarme sola.

(Pausa.)

No quiero quedarme sola.

No soporto las verdades.

Desde pequeña tengo esa tara.

(Se acaricia el vientre.)

¿Estás aquí? ¿Me quieres?

(Después de una pausa, con gran decisión coge el teléfono y marca un número.)

¿Paco? ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué no subes?

No, Rosario, no; tú solo.

Sí, tú solo.

Lo de antes lo dije antes. Ahora, sí; ahora estoy esperando que subas a quitarme el traje.

(Cuelga el teléfono. Después de una pausa, susurrando las palabras.)

Paco, estoy embarazada.

Vamos a tener un hijo, Paco. Era lo que tú querías: un hijo mío, un hijo de María de Utrera.

Voy a suspender la temporada, tienes que hablar con las empresas.

(Pausa.)

No sé cómo te aguantas los celos, Paco.

(Breve silencio, se acaricia el vientre, nose sabe si inicia una oración o un nuevo desafío.)

Será niña y se llamará Juana.

TELÓN